



Epiphany of our Lord

The feast of manifestation, or Epiphany, is traditionally celebrated the 12th day after Christmas, January 6th. In the dioceses of the United States this feast has been moved to the Sunday between January 2 and January 8. Here is a wonderful explanation of this beautiful feast.

The Epiphany is the feast of the manifestation of the majesty and divinity of the newborn Savior. As early as the third century, the Eastern Church, in celebrating the birth of the Redeemer, viewed it primarily as the manifestation of God to man. Hence the name Epiphany, which means manifestation, was given to the feast. Toward the end of the fourth century, as the feast gradually came to be known and celebrated in the West, the adoration of the Christ-Child by the Magi or Wise Men was stressed. Soon these sages were looked upon as the Three Kings.

To strengthen and reinforce this divine manifestation to the Magi, the Church commemorates on this feast two other incidents, both of which strongly testify to the divinity of Christ: His baptism in the Jordan and the first miracle at the marriage feast in Cana. In this way, the Redeemer, who's coming was known imperfectly at Christmas, is made known to the whole world.

Various interpretations have been given for the gifts which the Magi offered the Christ-Child. In the responses at Matins the Church says that the gold represents kingly power, incense the great High Priest, and myrrh the burial of the Lord; and so, she depicts the Wise Men offering their gifts to Christ is His threefold character of King, High Priest, and Man. In his homily for the third day within the octave, St. Gregory looks at the gifts from the viewpoint of the givers, and so sees in the gold, wisdom; in the incense, the power of prayer; and in the myrrh, the mortification of the flesh. Both interpretations are worthy of consideration, and some little reflection on them should prompt us to bring all the powers of our intellect to our King, the incense of our prayers to our great High Priest, and the myrrh of our sufferings and labors to our Man-God.

If the Feast of Epiphany is to be fully understood as the Church sees it, it will have to be viewed from two aspects: that of God who manifested Himself to man, and that of man, typified in the Magi, who responded with wholehearted faith and love. It is, therefore, a day of faith and grace on which no other prayer ought to take precedence over that petition of the Our Father, "Thy Kingdom Come!"

— Excerpted from *With Christ Through the Year*, Rev. Bernard Strasser, O.S.B.



Epifanía de nuestro Señor

La fiesta de la manifestación, o Epifanía, se celebra tradicionalmente el 12.º día después de Navidad, el 6 de enero. En las diócesis de Estados Unidos, esta fiesta se ha trasladado al domingo entre el 2 y el 8 de enero. Aquí hay una maravillosa explicación de esta hermosa fiesta.

La Epifanía es la fiesta de la manifestación de la majestad y la divinidad del Salvador recién nacido. Ya en el siglo III, la Iglesia Oriental, al celebrar el nacimiento del Redentor, lo consideraba principalmente como la manifestación de Dios al hombre. De ahí el nombre de Epifanía, que significa manifestación, que se le dio a la fiesta. Hacia finales del siglo IV, a medida que la fiesta se fue haciendo más conocida y celebrada en Occidente, se enfatizó la adoración del Niño Jesús por parte de los Reyes Magos. Pronto, estos sabios fueron considerados como los Reyes Magos.

Para fortalecer y reforzar esta manifestación divina a los Magos, la Iglesia conmemora en esta festividad dos acontecimientos más, ambos un claro testimonio de la divinidad de Cristo: su bautismo en el Jordán y el primer milagro en las bodas de Caná. De esta manera, el Redentor, cuya venida se conoció de forma imperfecta en Navidad, se da a conocer al mundo entero.

Se han dado diversas interpretaciones de los regalos que los Magos ofrecieron al Niño Jesús. En los responsos de Maitines, la Iglesia afirma que el oro representa el poder real, el incienso al Sumo Sacerdote y la mirra la sepultura del Señor; y, así, representa a los Reyes Magos ofreciendo sus regalos a Cristo en su triple carácter de Rey, Sumo Sacerdote y Hombre. En su homilía del tercer día de la octava, san Gregorio analiza los regalos desde la perspectiva de quienes los ofrecen, y ve en el oro la sabiduría; en el incienso, el poder de la oración; y en la mirra, la mortificación de la carne. Ambas interpretaciones merecen consideración, y una breve reflexión sobre ellas debería impulsarnos a consagrar todo nuestro intelecto a nuestro Rey, el incienso de nuestras oraciones a nuestro gran Sumo Sacerdote y la mirra de nuestros sufrimientos y trabajos a nuestro Hombre-Dios.

Para comprender plenamente la Fiesta de la Epifanía tal como la ve la Iglesia, habrá que considerarla desde dos perspectivas: la de Dios que se manifestó al hombre, y la del hombre, representado en los Magos, que respondió con fe y amor incondicionales. Es, por tanto, un día de fe y gracia en el que ninguna otra oración debe prevalecer sobre la petición del Padrenuestro: "¡Venga tu Reino!".